

«NEORRACISMO». REFLEXIONES SOBRE LA IDEOLOGÍA RACISTA TRAS EL FIN DE LA «RAZA»*

Thomas McCarthy

La modernización en Occidente ha ido ligada a la globalización desde sus inicios, y las configuraciones raciales formaron parte integrante de este proceso: este tipo de clasificaciones tuvo un significado constitutivo para el comercio de esclavos, la desposesión y deportación de poblaciones indígenas, los regímenes administrativos y de trabajo coloniales, la segregación y la discriminación institucionales, las políticas de inmigración restrictivas y otras importantes estructuras del orden mundial moderno. Dichas estructuras no se limitaban a enmascararse —«superestructuralmente»— mediante ideologías racistas, sino que las encarnaban: los sistemas de interpretación y evaluación racistas resultaron esenciales para la inteligibilidad y la normatividad de las prácticas organizadas que produjeron y reprodujeron dicho orden. En este artículo quisiera ofrecer una serie de reflexiones —referidas principal, aunque no exclusivamente, a Estados Unidos— que apoyan la tesis de que, aun tras el fin del «racismo científico» en el siglo XX, una nueva modalidad de ideología racista continúa en la actualidad desempeñando funciones similares, aunque no idénticas¹.

* Una versión anterior de este artículo apareció en *Sozialphilosophie und Kritik*, eds. Rainer Forst, Martin Hartmann, Rahel Jaeggi und Martin Saar (Suhrkamp, 2009).

¹ Es decir, quiero interrogar genealógicamente ciertas formas de «razón existente» acerca de los elementos de poder de los que están investidas y así continuar, en cierto sen-

A principios del siglo XX la creencia en el estatus científico de las explicaciones raciales de las diferencias culturales era absolutamente dominante. La antropología física desde Blumenbach y la biología evolutiva desde Darwin parecían ponerlas a salvo de todo cuestionamiento empírico. Sin embargo, en ambos frentes se estaban formando nubarrones de tormenta. Franz Boas, judío alemán emigrado a Estados Unidos a los 29 años, que era una autoridad reconocida en antropología física, así como uno de los padres fundadores de la antropología cultural, empezó a cuestionar los fundamentos de la teoría de las razas a finales del siglo XIX. En biología, el redescubrimiento del trabajo de Mendel a principios del siglo XX y el desarrollo de la genética experimental que lo acompañó ejercieron una presión cada vez mayor sobre las clasificaciones y explicaciones de dicha teoría. Estas tendencias contrarias tardaron un tiempo en adquirir fuerza en la comunidad científica en general, ya que el darwinismo social había contribuido de forma significativa a dar forma a las incipientes ciencias humanas, en particular a la sociología y la psicología. Y es a partir del desarrollo de la «síntesis moderna» de la teoría evolutiva en los años veinte y treinta cuando la validez biológica del concepto de raza en el sentido recibido quedó definitivamente socavada².

tido, el enfoque crítico de la primera Escuela de Frankfurt, según lo articula Axel Honneth en «Rekonstruktive Gesellschaftskritik unter genealogischem Vorbehalt», en: *Pathologien der Vernunft*, Frankfurt, Suhrkamp Verlag, 2007, pp. 57-69.

² Lo cual, por supuesto, no puso fin al estudio de la diversidad humana en las ciencias naturales. Desde la Segunda Guerra Mundial, los estudios biológicos en este terreno normalmente han reconocido el carácter de construcción sociopolítica que tienen los significados racistas históricamente asociados a las diferencias biológicas entre las poblaciones humanas, al tiempo que respondían a un interés por la variación biológica en sí misma. Tras el desarrollo de la biología molecular, la genética de poblaciones pudo proporcionar información más precisa sobre las variaciones de frecuencia de los genes en las poblaciones reproductoras relativamente aisladas a las que dieron lugar las primeras migraciones humanas hacia el exterior de África y sus adaptaciones evolutivas a las distintas condiciones geográficas. Por un lado, los resultados de este trabajo han tendido a confirmar en parte la noción recibida de «razas» biológicamente diferenciadas, en la medida en que cinco de las seis «agrupaciones» genéticas que se han detectado coinciden aproximadamente con los grupos raciales históricamente identificados asociados a las principales regiones geográficas del mundo: África, Asia Oriental, Melanesia (u Oceanía), las Américas y Eurasia (Europa, Oriente Próximo y Asia Meridional). Por otro lado, divergen de la noción recibida de «raza» en la medida en que la variación genética observada en el seno de estas grandes poblaciones (en torno al 95%) es mucho mayor que la observada

No obstante, con el tiempo, las críticas antropológicas y biológicas al racismo científico fueron erosionando su respetabilidad académica. A finales de los años veinte, el estudio de la raza era una cuestión que atañía cada vez más a la sociología de las relaciones raciales y menos a la biología evolutiva, y los sociólogos habían llegado a aceptar de forma generalizada los argumentos biológicos en contra de la desigualdad racial. Sin embargo, no aceptaban de la misma forma el supuesto antropológico de la igualdad de las culturas. Desde sus inicios, la preocupación central de la tradición sociológica había sido comprender el ascenso de la sociedad «moderna», y sus padres fundadores habían desarrollado unos esquemas conceptuales organizados en torno a una serie de contrastes con la sociedad «tradicional»: *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*, estatus y contrato, solidaridad mecánica y orgánica, etcétera. Los científicos sociales formados en esta tradición en general estaban predispuestos a tratar las diferencias raciales en términos de desarrollo. Los sociólogos estadounidenses, en particular, retrataban a los negros de aquella época, que vivían principalmente en el sur rural, como a gentes premodernas, cuya cultura popular las volvía inadecuadas para la vida moderna. La solución al «problema de los negros» dependería, por tanto, de que se modernizaran y se asimilaran gradualmente a la sociedad blanca. Este proceso llevaría tiempo, por lo que la igualdad plena tendría que ser aplazada y la transición a ella tendría que estar dirigida por los sectores socioculturalmente más avanzados de la población blanca. No obstante, a medida que la «gran migración» de negros sureños a ciudades del norte ganaba impulso —entre 1910 y 1940, 1,8 millones lo hicieron— y la población afroamericana se iba volviendo cada vez más urbana, el marco interpretativo se alteró, aunque sin variar el juicio de inferioridad sociocultural. Conforme al nuevo marco, la cultura y las instituciones afroamericanas se interpretaban mayoritariamente —así lo hacían, por ejemplo Gunnar Myrdal y E. Franklin Frazier— más de un siglo en establecer una versión teórica generalmente aceptada de las raíces biológicas profundas de las diferencias raciales percibidas, las entre unas y otras (en torno al 5%); además, la variación de las frecuencias genéticas entre poblaciones es continua y gradual, de modo que ciertas subpoblaciones de cada gran agrupación están genéticamente más próximas a determinadas subpoblaciones de otras agrupaciones que a algunas de la suya propia. También divergen porque confieren poco significado biológico a las diferencias genéticas que subyacen a los marcadores superficiales convencionales de la diferencia racial, como el color de la piel, la forma de los ojos, la textura del cabello, los rasgos faciales y otros similares. Aunque lo principal es que no consideran que las variaciones descubiertas en las frecuencias genéticas constituyan ninguna explicación biológica de las diferencias culturales entre poblaciones. En la edición de 2002 de *Science* (298) pueden consultarse útiles resúmenes de trabajos relacionados con el Proyecto de la Diversidad del Genoma Humano.

Thomas McCarthy, Northwestern University, Chicago

zier— como formaciones reactivas frente al trauma de la esclavitud y sus consecuencias, a causa de las cuales habían surgido valores, actitudes y patrones de comportamiento que ahora resultaban disfuncionales en una sociedad en proceso de modernización, al margen del valor de supervivencia que hubieran podido tener en su momento. El remedio consistía en la asimilación, y los principales obstáculos eran el racismo blanco y la discriminación institucionalizada que fomentaba. Por consiguiente, superar las patologías culturales de los negros requería tanto ilustrar a la mayoría blanca como cambiar las instituciones sociales.

En los años sesenta, el foco de atención se centró en el daño perpetrado contra la cultura negra por la esclavitud, la segregación racial y la emigración de negros del sur rural a los centros urbanos del norte, lo cual produjo un diagnóstico y unas recetas un tanto diferentes. En 1965, Daniel Patrick Moynihan elaboró para el presidente Johnson un informe titulado *The Negro Family: The Case for National Action*, en el que señalaba el deterioro de la familia negra como causa principal de la «patología» que marcaba la vida de los negros estadounidenses³. Si bien el informe reconocía los orígenes históricos de dicha «patología» en la esclavitud y la segregación, presentaba un importante desplazamiento del énfasis etiológico desde las condiciones sociales, económicas y políticas opresivas que había establecido y mantenido el racismo blanco, y que Myrdal y Frazier habían subrayado, hacia «la actual maraña patológica capaz de perpetuarse sin ayuda del mundo blanco»⁴. La causa y el efecto se estaban invirtiendo. Lo que me preocupa en este ensayo es este giro culturalista en la discusión académica acerca de la raza y la nueva modalidad de ideología racista que ha engendrado.

II

La idea del neoimperialismo lleva vigente desde los años sesenta, poco después de que una serie de luchas por la independencia nacional alcanzaran sus objetivos⁵. La principal línea de reflexión estaba clara: aunque las antiguas colonias recién emancipadas eran ahora naciones

³ Impreso en: Lee Rainwater y William C. Yancy, *The Moynihan Report and the Politics of Controversy*, Cambridge, MA, MIT Press, 1967.

⁴ *The Moynihan Report*, p. 93.

⁵ Robert J. C. Young, *Postcolonialism*, Oxford, Blackwell Publishers, 2001.

soberanas formalmente independientes, de hecho no eran libres para controlar sus destinos. Se estaban encontrando formas de mantener su sometimiento a las antiguas potencias coloniales sin recurrir a los mecanismos clásicos de subyugación, como la conquista y el gobierno directo. Se trataba, por tanto, de una prolongación «neocolonial» de los sistemas de dominación y explotación coloniales de los que formalmente acababan de emanciparse.

La relación entre lo que denominaré «neorracismo» –siguiendo a Etienne Balibar y otros– y las anteriores modalidades de racismo resulta menos conocida y es más controvertida; de esta concepción quiero ocuparme aquí⁶. En primer lugar, del mismo modo en que el neoimperialismo se entiende como una forma de perpetuar los aspectos principales de la dominación y la explotación coloniales tras la desaparición de las colonias en sentido jurídico-político, el neorracismo se entiende como una forma de mantener la dominación y la explotación raciales tras el fin de la «raza» en sentido científico-biológico. La división de la especie humana en clases naturales tiene una historia larga e intrincada⁷. Es importante recordar que la concepción genética de raza que adquirió relevancia en el siglo XX sólo fue dominante durante un periodo comparativamente breve. Antes de la revolución mendeliana de principios del siglo pasado la «raza» no podía situarse «en los genes», y en el plazo de unas pocas décadas los avances de la propia genética contribuyeron a desbaratar esta idea. Anteriormente, los esencialistas habían propuesto diversas y cambiantes versiones teóricas para tratar de explicar qué significaba que la «raza» estuviera «en la sangre», desde la idea de Kant de un tronco originario de gérmenes raciales, hasta la de Darwin de que los rasgos raciales están sujetos a selección natural y son transmitidos. No obstante, aunque se tardó más de un siglo en establecer una versión teórica generalmente aceptada de las raíces biológicas profundas de las diferencias raciales percibidas, las investigaciones sobre niveles más superficiales prosiguieron a buen ritmo. Así, la anatomía comparada y la antropología física estudiaron reiterada-

⁶ Etienne Balibar, «Is There a 'Neoracism'?', en: E. Balibar e I. Wallerstein, *Race, Nation, and Class*, Londres, Verso, 1991, pp. 17-28. Véase también Martin Barker, *The New Racism*, Londres, Junction Books, 1981, y Robert Miles, *Racism after 'Race Relations'*, Londres, Routledge, 1993.

⁷ Ivan Hannaford, *Race: The History of an Idea in the West*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1996.

mente las supuestas características morfológicas de la raza, como el tamaño y la forma del cráneo, el ángulo facial, la capacidad craneal, etcétera. Y en un estrato aún más superficial, las clasificaciones usuales conforme a la pigmentación de la piel, la forma y color de los ojos, la textura del cabello, el tipo de cuerpo y otros «estigmas de otredad» (Balibar) prosiguieron sin interrupción. En resumen, aunque el esencialismo biológico fue característico de la idea moderna de raza, su articulación detallada estuvo sometida a conjeturas constantes hasta que la «síntesis moderna» de la biología evolucionista puso fin al debate al cuestionar la idea misma de «raza» como concepto científico útil⁸.

También es importante recordar que estos reiterados intentos de formular la idea de que las razas son clases naturales en términos biológicos sólo podían tener sentido tras la revolución científica del siglo XVII. Cuando Aristóteles y sus seguidores medievales afirmaban que algo era de cierta forma «por naturaleza», la idea de naturaleza en cuestión se articulaba principalmente en términos de causas «formales» y «finales», y no de las causas «materiales» y «eficientes» que acabaron dominando en la ciencia moderna. Aquel enfoque conceptual y teleológico de las clases naturales no se vio relegado hasta el desarrollo de la historia natural en el siglo XVIII, cuando la idea de clase natural pudo articularse en buena medida en términos taxonómicos. La descripción y clasificación de las razas pudo proseguir entonces de forma más o menos continua en el plano de la historia natural, pese a la inestabilidad que aquejaba a la teoría biológica profunda de la raza antes de la síntesis moderna de la biología evolucionista. Es decir, aunque el esencialismo biológico fuera característico de la corriente dominante de la teoría moderna de las razas, antes del siglo XX no existía aún un acuerdo generalizado en torno a la «estructura biológica profunda» de la raza; por consiguiente, en la práctica, la racialización de la diferencia se llevaba a cabo principalmente conforme a estructuras superficiales que se trataban como generalmente reconocibles por los sentidos.

La «raza» nunca fue una construcción puramente biológica. Siempre englobó un conjunto heterogéneo de elementos, que comprendía no sólo otros factores «materiales» como el origen geográfico y la ascendencia ge-

⁸ Es decir, la actual concepción de poblaciones reproductoras genotípicamente diferenciadas no proporciona apoyo alguno a la asimilación de las diferencias fenotípicas con las diferencias mentales y morales entre grupos característica de la idea moderna de raza aquí examinada. Véase la nota 2.

nealógica, sino también una serie fluctuante de características «mentales» como la capacidad cognitiva y el carácter moral, así como una multitud cambiante de rasgos culturales y conductuales. Aunque anteriormente estos elementos no biológicos se habían considerado patrimonio de las clases naturales raciales, en el siglo XIX empezaron a ser concebidos de forma creciente como manifestaciones, expresiones o efectos de causas o esencias biológicas más profundas, de modo que se podía decir que también se encontraban «en la sangre» o, posteriormente, en los genes.

Es importante señalar que las constantes idas y venidas de los intentos teóricos por encontrar la estructura biológica profunda de las razas tuvieron, de forma inmediata, pocos efectos sobre las prácticas sociales que reproducían las formaciones raciales. Dado que la clasificación racial era una construcción social a partir de marcadores externos, como los rasgos somáticos, la ascendencia, los orígenes geográficos, los patrones culturales, las relaciones sociales, etcétera, en la práctica apenas se vio afectada por las fluctuaciones transitorias de las teorías raciales⁹. Lo cual resulta relevante para la concepción del neorracismo: dado que las estructuras de dominio y explotación implícitas en las diferencias de función económica, estatus social, poder político, etcétera pudieron mantenerse a pesar de las oscilaciones en las teorías científicas de la raza —formando un círculo vicioso autorreforzante con las creencias y prácticas racistas «de sentido común»—, la desaparición de las razas certificadas científicamente no acabó con la estratificación racial. Del mismo modo en que el neoimperialismo postcolonial pudo sobrevivir a la desaparición de las colonias formales, el neorracismo postbiológico pudo sobrevivir a la muerte del racismo científico. Y del mismo modo en que el paso al neoimperialismo exigió formas de dominación y explotación compatibles con la independencia y la igualdad nominales de todas las naciones, el paso al neorracismo exigió formas compatibles con la libertad y la igualdad formales de todos los individuos.

III

Sean cuales sean su forma y su contenido específicos, las representaciones y clasificaciones raciales generalmente han estado mediadas por

⁹ No obstante, ciertas modalidades específicas de pensamiento racista fueron en ocasiones susceptibles de críticas derivadas de los ámbitos culturales en los que se basaban, de la religión y la filosofía a las ciencias naturales y sociales.

relaciones de poder: han servido para conformar, interpretar y justificar la falta de libertad e igualdad en las relaciones sociales, económicas y políticas¹⁰. Aunque aquí me centro en las ideologías racistas, habría que tener presentes los siguientes contextos funcionales: en el caso estadounidense, la necesidad de sistemas de trabajo forzado generada por los asentamientos coloniales, que dio lugar tanto al crecimiento del comercio de esclavos como al ascenso de ideologías de la negritud que lo legitimaban; y tras la Reconstrucción, la necesidad de mantener a los esclavos recién emancipados trabajando en las plantaciones de algodón del sur y alejados de las industrias del norte, lo cual fomentó tanto la institucionalización de la segregación y la discriminación como la expansión del «racismo científico» que pretendía racionalizarlas. En otros contextos coloniales, la transformación de las formas de producción y comercio locales para integrarlas en sistemas económicos al servicio de los intereses de los colonizadores hizo surgir unos regímenes políticos y administrativos destinados a implantar relaciones de explotación, así como unas ideologías que reconciliaban esta realidad con el carácter cada vez más liberal del pensamiento político en las metrópolis europeas.

Otro contexto importante en el que se desarrolló el racismo moderno fue el ascenso del estado nación. Señalar las innumerables afinidades entre racismo y nacionalismo ha pasado a ser un tópico de los estudios en la materia¹¹. Los imaginarios nacionales que sirvieron para unificar a poblaciones dispares en torno a supuestas comunidades de origen y ascendencia, lengua y tradición, costumbres y cultura se fueron solapando cada vez más con los imaginarios raciales a lo largo del siglo XIX. El énfasis romántico de principios de siglo en la singularidad del espíritu, la mentalidad y el carácter de cada pueblo tendió más adelante a verse desplazado por el énfasis naturalista en la ascendencia común y en la «sangre» compartida, o a combinarse con él. A finales del siglo, con el triunfo casi total del racismo científico bajo sus formas postdarwinistas, la teoría de las razas no sólo se aplicaba a las subdivisiones más amplias de la especie, sino a gru-

¹⁰ Véanse dos panoramas históricos de las diversas interconexiones poder-saber que intervinieron en la construcción social de la «raza»: Howard Winant, *The World is a Ghetto*, Nueva York, Basic Books, 2001; y Bruce Baum, *The Rise and Fall of the Caucasian Race*, Nueva York, New York University Press, 2006.

¹¹ Véanse, por ejemplo, Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, cap. 6; Etienne Balibar, «Racism and Nationalism», en: *Race, Nation, Class*, pp. 37-67; y Robert Miles, *Racism after 'Race Relations'*.

pos nacionales más pequeños, que de forma creciente eran concebidos como razas o mezclas diferenciadas de razas: la raza anglosajona, la raza germánica, la raza irlandesa, la raza judía y así sucesivamente¹². Esta conjunción de nacionalismo y racismo se vio favorecida por las numerosas afinidades electivas entre ellos: ambos invocaban colectividades imaginarias con similitudes y diferencias imaginarias, ambos operaban mediante la dialéctica de inclusión y exclusión nosotros/ellos, ambos fomentaban la solidaridad entre clases y otras divisiones sociales, y ambos señalaban a determinados «otros» como amenazas especiales para la pureza racial y nacional. Este último era particularmente el caso de colectivos internos ajenos al cuerpo nacional, como los judíos europeos. Así, las versiones racializadas del nacionalismo confirieron al antisemitismo tradicional una nueva forma especialmente virulenta, en particular en relación con movimientos «pan» como los nacionalismos pangermanista y paneslavista¹³. Este tipo de nacionalismo racializado es también el que dominó los debates sobre inmigración en Estados Unidos hace un siglo y el que, sustituyendo el racismo biológico por el racismo cultural y étnico, sigue ejerciendo una poderosa influencia en los debates actuales sobre esta cuestión¹⁴.

¹² Esta ampliación de la aplicación del paradigma de la raza significaba, obviamente, que los supuestos marcadores somáticos de la diferencia racial resultaban menos evidentes a los sentidos. Sin embargo, como puede verse con claridad al examinar las caricaturas habituales de la época, las exigencias del paradigma seguían cumpliéndose a pesar de todo, al menos por lo que respecta a los estereotipos negativos, como los rasgos simiescos de los irlandeses o la nariz aguileña de los judíos, por ejemplo.

¹³ Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, cap. 8.

¹⁴ A este respecto, muchas variantes del neorracismo contemporáneo interpretan la «raza» de formas similares a algunas construcciones de la «etnia». Aunque la segunda suele centrarse en elementos transmitidos culturalmente, como las costumbres, las tradiciones, la lengua, la religión, etc., determinadas variantes subrayan también la ascendencia biológica y la apariencia física (es decir, la «sangre»). Además, este tipo de identidad/diferencia construidas interna y externamente tienden a adquirir relevancia en situaciones de resistencia a la dominación y conflicto. Mientras el pensamiento de la raza entendió que las diferencias culturales se basaban en gran medida en la biología, estuvo clara su diferenciación analítica del pensamiento en términos de etnia. Ahora que el vínculo entre la ascendencia, los orígenes y la apariencia, por un lado, y los valores, las actitudes y la conducta, por otro, se interpreta como cultural y no como biológico incluso en el pensamiento de la raza, las diferencias se reducen considerablemente. (Por ejemplo, existen muchas menos etnias que razas.) Por tanto, el neorracismo contemporáneo a menudo es una forma de «etnorracismo» (por ejemplo, en los debates sobre inmigración). Mis razones para acentuar el componente racista se volverán evidentes más adelante.

La reciente oleada de racismo asociada a la inmigración a los antiguos centros coloniales de Europa ha sido ampliamente comentada: los ataques violentos a inmigrantes del tercer mundo, el ascenso de movimientos y partidos derechistas contrarios a la inmigración, la constante preocupación de los partidos políticos mayoritarios por «el problema de la inmigración», etcétera. Al igual que otros contextos importantes del neoracismo contemporáneo —la persistente situación de desventaja de los afroamericanos en Estados Unidos, por ejemplo, o las inmensas desigualdades de oportunidades vitales en el mundo—, éste presenta continuidades inequívocas con la historia previa de las relaciones raciales. Tras la Segunda Guerra Mundial, el grave déficit de mano de obra para la reconstrucción de Europa se resolvió parcialmente contratando trabajadores temporales inmigrantes procedentes de otros lugares del mundo, muy a menudo de las antiguas colonias. Cuando la necesidad de mano de obra inmigrante se redujo en los años setenta, muchos de estos «trabajadores invitados» permanecieron en los países de acogida, con un número creciente de personas a su cargo, aunque normalmente sin plenos derechos de ciudadanía. A ellos se unió un número cada vez más elevado de refugiados políticos e inmigrantes ilegales. La presencia de millones de «otros» procedentes de regiones del tercer mundo, como el Caribe, el subcontinente indio, el norte de África, Turquía, etcétera, en países con elevadas tasas de desempleo y crecientes nóminas de la seguridad social, y con unos patrones residenciales altamente segregados que dieron lugar a la aparición de guetos étnicos urbanos, intensificó el racismo público y privado en toda Europa. Proliferaron entonces los conocidos patrones de pensamiento racial, en particular la construcción de estereotipos negativos que combinaban elementos físicos y culturales. La representación de los inmigrantes no blancos de culturas subdesarrolladas como cuerpos extraños que amenazaban la salud de la nación se volvió cada vez más frecuente¹⁵, especialmente en el caso de los cuerpos racializados portadores de la cultura islámica, que cada vez se percibe en mayor medida como atrasada y violenta¹⁶. Fuera de Europa también

¹⁵ Por poner un solo ejemplo: en algunos de los carteles de la campaña del Partido Popular Suizo (SVP), actualmente el más poderoso del parlamento federal del país, aparecía la imagen de unas manos de piel oscura tratando de agarrar unos pasaportes suizos y otra de tres ovejas blancas sobre la bandera suiza ahuyentando a una cuarta oveja negra.

¹⁶ Evidentemente, el aumento del sentimiento antimusulmán en Occidente no es meramente una cuestión de neoracismo, sino una mezcla confusa en la que tanto la gra-

se han tocado, en claves diferentes, variaciones similares sobre los temas racistas habituales en la historia del colonialismo y del nacionalismo; por ejemplo, en los debates cada vez más caldeados sobre la inmigración hispana en Estados Unidos.

IV

La finalidad de aplicar el término «neorracista» a estos y otros discursos recientes es subrayar sus similitudes lógicas y funcionales con el paradigma clásico. Los marcadores somáticos reales o adscritos se toman como signos de diferencias más profundas, se utilizan representaciones estereotipadas que combinan rasgos fenotípicos con elementos culturales y conductuales para incluir y excluir, y la aplicación de estereotipos negativos a los «otros» sirve para explicar y legitimar la continuidad de los patrones de estratificación. El hecho de que los cuerpos racializados signifiquen diferencias culturales y psicológicas, de que las estructuras de desigualdad estén marcadas por la raza y que reciban justificación ideológica mediante gramáticas racializadas de la diferencia parecen motivos suficientes para seguir hablando de racismo tras la deconstrucción de su base científica. Para ser más exactos, lo que se ha eliminado mayoritariamente del discurso académico y oficial es la versión científica natural de la teoría de las razas anclada en la biología. Pero lo que se denomina «neorracismo», «etnorracismo» o «racismo cultural» de hecho se manifiesta en versiones científicas sociales¹⁷. En Estados Unidos, los discursos de los años sesenta y setenta sobre la «cultura de la pobreza» y, a partir de los ochenta, sobre la «conducta socialmente disfuncional» de las «clases bajas», así como los discursos más amplios relativos a los «valores culturales disfuncionales» de determinados grupos de inmigrantes de sociedades no occidentales son ejemplos de este nuevo patrón de pensamiento

mática de la diferencia religiosa como el miedo al terrorismo son dos ingredientes importantes. Sin embargo, también suele encontrarse un elemento de racismo cultural, en virtud del cual los musulmanes son representados como pueblos no blancos con culturas atrasadas.

¹⁷ Para un análisis crítico de las versiones científicas sociales del «racismo cultural», véase Stephen Steinberg, *The Ethnic Myth*, Boston, Beacon Press, 2001. Richard H. King ofrece un útil panorama en *Race, Culture, and the Intellectuals, 1940-1970*, Baltimore, Johns Hopkins, 2004.

racial en las ciencias y políticas sociales¹⁸. En estos discursos, la biología profunda ya no proporciona los vínculos ocultos entre fenotipo y carácter, sino que dichos vínculos se forjan cultural e históricamente, a veces en sistemas de opresión racial. De acuerdo con las opiniones que estoy caracterizando como ideologías neorracistas, aunque el racismo y el imperialismo institucionalizados han sido desmantelados hace tiempo, muchas de las «patologías culturales» a las que dieron lugar se han autoperpetuado y ahora funcionan como una especie de variable independiente en la etiología de la pobreza y el subdesarrollo. Así, los patrones psicológicos y culturales se emplean para explicar las estructuras y procesos sociales y no a la inversa o, mejor aún, ambos se explican recíprocamente¹⁹.

La pregunta es si este paso de la biología a la cultura representa el fin del racismo o el ascenso de una nueva modalidad del mismo. Las cuestiones semánticas no pueden legislarse, pero desde la perspectiva de la teoría social crítica, considerar este desplazamiento como el fin del racismo no sólo equivale a obviar la continuidad histórica de estos discursos con las ideologías racistas clásicas, así como sus potentes sinergias con el racismo a la antigua usanza que sigue pujante en la vida cotidiana, sino también a ocultar las similitudes estructurales básicas entre el racismo cultural y el biológico. Ambos consideran que las diferencias somáticas estereotipadas significan igualmente diferencias de cultura y carácter²⁰. Aunque estas últimas ya no se conciben como innatas, sí se consideran profundamente arraigadas, y si bien no se heredan biológicamente, sí se transmiten de generación en generación. Se consideran, en términos marxianos, una suerte de «segunda naturaleza». Por consiguiente, la fijeza biológica de dichos rasgos se ve reemplazada por su carácter autoperpetuador, y su inmutabilidad absoluta por la dificultad para cambiarlos. Quizá la continuidad más llamativa sea, sin embargo, que esta variante ló-

¹⁸ Véanse las obras citadas en la nota anterior, así como: *Culture Matters: How Values Shape Human Progress*, ed. L. Harrison y S. Huntington, Nueva York, Basic Books, 2000.

¹⁹ En innumerables ocasiones se ha analizado detalladamente lo impropio que resulta, en términos de las ciencias sociales, abstraer los patrones culturales y psicológicos de sus contextos históricos de origen y de sus contextos sociales de reproducción y tratarlos como *explanans* y no como *explanandum*. Sin embargo, el individualismo metodológico nunca ha perdido su fatal atractivo sobre la teoría social y política anglo-norteamericana, como indica el ascendiente del que goza en los últimos tiempos la teoría de la elección racional.

²⁰ Esta puede ser una de las razones por las que tantos estadounidenses consideran «exótico» a Barack Obama.

gica suele aplicarse a las mismas subdivisiones básicas de la humanidad que se construyeron socialmente en y a través del racismo clásico. En Estados Unidos, por ejemplo, seguimos hablando de nativos americanos, afroamericanos, euroamericanos, asiático-americanos e hispanoamericanos, pese a la multitud de variantes culturales y genéticas existentes dentro de cada agrupación «racial». El fenotipo y la ascendencia siguen dominando, o eso parece. Y en los debates del otro lado del Atlántico, la inmensa brecha entre los europeos blancos y los no europeos de color sigue estructurando la experiencia y el discurso de la inmigración. Si recordamos la interpenetración del racismo y el nacionalismo a finales del siglo XIX, cuando las naciones o los pueblos se consideraban grupos etnoraciales, las continuidades resultan aún más evidentes: una vez más, se percibe que las comunidades nacionales etnoracialmente «homogéneas» se encuentran amenazadas de contaminación por cuerpos extraños.

Algunos insisten todavía en que el paso de la biología a la historia y la cultura tiene más peso que todas estas continuidades históricas y similitudes estructurales y funcionales, por lo que rechazan los términos «neoracismo», «etnoracismo» o «racismo cultural». Pero resulta difícil mantener el foco en las continuidades y similitudes cuando se renuncia a la terminología. También se dificulta el tránsito entre la teoría crítica y una realidad social donde la racialización del discurso «de sentido común» en muchas esferas de la vida —de las conversaciones privadas a los medios de comunicación de masas, del discurso político a las políticas gubernamentales— es omnipresente y está profundamente arraigada. Por estas y otras razones, subrayar las continuidades y similitudes del racismo cultural con el biológico es más adecuado a los objetivos de la crítica ideológica. Al igual que los discursos racistas del pasado, los discursos neoracistas actuales pretenden explicar injusticias arraigadas haciendo referencia a los propios defectos de las víctimas, aunque atribuyéndolos ahora a causas culturales en lugar de biológicas. Una influyente versión neoconservadora, por ejemplo, afirma que las diferencias de movilidad o modernización sociales se deben a las deficiencias culturales de las clases bajas desfavorecidas o de la sociedad subdesarrollada. Aunque puedan reconocerse los orígenes históricos de estas deficiencias en la esclavitud, el colonialismo y demás, dichos factores no se interpretan como causas de las desigualdades en cuestión, sino que, como mucho, se mencionan a modo confesión de los pecados de nuestros padres. Porque conforme a esta versión, el mundo actual —al menos en las sociedades desarrolladas y en la economía mun-

Thomas McCarthy, Northwestern University, Chicago

dial— está cada vez más estructurado por el libre mercado y la igualdad de oportunidades. En estas condiciones, las causas del fracaso de los individuos y las sociedades no pueden encontrarse en fuerzas exteriores a ellos, sino en sus propias deficiencias, en sus valores, actitudes, hábitos, etcétera. Son biológicamente iguales pero culturalmente inferiores. Por lo tanto, el remedio adecuado para la grave limitación de las oportunidades vitales de los miembros de estos grupos (que suelen estar marcados racialmente) no consiste en cambiar el sistema, sino en que ellos cambien sus valores. En definitiva, ellos son los únicos que pueden curarse a sí mismos. El carácter ideológico de esta receta se vuelve evidente en cuanto intentamos aplicarla, por ejemplo, a las omnipresentes desigualdades que aquejan a los residentes de los guetos negros urbanos de Estados Unidos, o a las descomunales asimetrías de recursos y poder que afrontan las sociedades subdesarrolladas en la economía mundial. Entonces queda claro que esta forma de ideología culturalista cumple el importante objetivo de desviar la insatisfacción y las demandas de cambio para que no afecten a las prácticas, las instituciones, las políticas ni los programas establecidos. Sustituye la reconstrucción por la autoayuda.

V

En el caso estadounidense, los teóricos neoconservadores tratan los valores, las actitudes, los comportamientos, etcétera de las «clases bajas» como variables independientes y los convierten en causas de las injusticias sociales, económicas y políticas que afectan a sus miembros²¹. Conforme a sus teorías, la segregación racial extrema, el fracaso de los centros educativos, la pobreza agobiante, el desempleo crónico y la desestructuración de la familia negra serían efectos de una conducta disfuncional en lugar de sus causas, o causas y efectos al mismo tiempo. Por tanto, el remedio propuesto es la autoayuda y no el cambio institucional, ni tampoco una combinación de ambas cosas. El racismo institucionalizado, según

²¹ Véanse, por ejemplo, Thomas Sowell, *Ethnic America: A History*, Nueva York, Basic Books, 1981; Shelby Steele, *The Content of Our Character: A New Vision of Race in America*, Nueva York, St. Martin's Press, 1990; y Dinesh D'Souza, *The End of Racism: Principles for a Multiracial Society*, Nueva York, Simon & Schuster, 1996. Para una argumentación más académica y extensamente documentada con objetivos similares, véase Stephan y Abigail Thernstrom, *America in Black and White: One Nation, Indivisible*, Nueva York, Simon & Schuster, 1997.

esta versión, es historia. Actualmente, la igualdad de oportunidades es suficiente para que todos alcancen el éxito socioeconómico y, por tanto, si los miembros de cualquier grupo fracasan (estadísticamente), tiene que deberse a deficiencias internas y no a factores externos.

Esta versión del racismo cultural que culpabiliza a la víctima constituye en muchos aspectos la imagen especular de la versión que culpabilizaba al racista, dominante durante mucho tiempo en la sociología de las relaciones raciales. En ella, el principal factor explicativo era el racismo blanco, elaborado en términos de prejuicios individuales y grupales, y de las prácticas discriminatorias que promueven. Desde esta perspectiva, las causas de la desigualdad racial se sitúan en la cultura y la psicología del racismo blanco, y la cultura y la psicología de la marginación negra son sus efectos. Los críticos neoconservadores suelen replicar que este tipo de racismo está en decadencia y ya no resulta plausible considerarlo como la causa principal del problema afroamericano. No obstante, aunque los datos referentes a las actitudes hostiles contra los negros entre la población blanca indican con claridad una disminución acusada de ellas desde los años sesenta, también reflejan una persistencia considerable. Orlando Patterson, por ejemplo, estima sobre esta base que uno de cada cinco estadounidenses blancos abriga intensos sentimientos racistas contra los estadounidenses negros (lo cual, de ser cierto, significaría que en el país habría muchos más racistas a ultranza que afroamericanos)²². En cualquier caso, esta modalidad explicativa apunta a un conjunto diferente de factores psicológicos y culturales que hay que tener en cuenta al reflexionar sobre la raza en Estados Unidos.

Existe otra perspectiva del racismo blanco que, en líneas generales, se mantiene en el nivel cultural-psicológico, pero que presta menos atención a los prejuicios conscientes que a los estereotipos generalizados. Si bien se estima que la proporción de blancos que abrigan sentimientos expresamente racistas contra los negros podría haberse reducido hasta un 20% o menos, la proporción de los que creen en estereotipos racistas parece ser varias veces superior a esta cifra²³. Como han demostrado diver-

²² Orlando Patterson, *The Ordeal of Integration*, Washington, DC, Civitas/Counterpoint, 1997, p. 61.

²³ David K. Shipler, *A Country of Strangers: Blacks and Whites in America*, Nueva York, Knopf, 1997, resume un estudio de la University of Chicago en el que más del 50% de los blancos afirmó que los negros eran menos inteligentes, más del 60% los consideraba más vagos, y más del 75% estimó que las probabilidades de preferir una pensión al trabajo eran más altas entre los negros.

esos estudios, las intervenciones que se basan en dichos estereotipos –por ejemplo, las decisiones relativas al empleo o la vivienda– pueden resultar discriminatorias en la práctica sin serlo en sus intenciones. E incluso cuando los estereotipos reflejan realidades estadísticas –por ejemplo, distintos patrones de criminalidad– su aplicación generalizada al tratar con la totalidad o la mayor parte de los individuos pertenecientes al grupo estigmatizado reduce drásticamente la igualdad de oportunidades que se les ofrece y con ello sus oportunidades vitales. Este factor, por tanto, ha de agregarse al catálogo de elementos explicativos.

El tipo de factor explicativo que actualmente tiende a recibir una atención claramente insuficiente es el racismo institucionalizado. Si bien es cierto que las instituciones de la esclavitud y la segregación fueron establecidas y administradas por individuos con actitudes racistas en el seno de culturas racistas, la interconexión entre agente y estructura no es uniforme ni invariable. La historia acabó dando lugar a unas instituciones sistemáticamente sesgadas en sus consecuencias –es decir, cuyo funcionamiento normal produce invariablemente resultados que sitúan en inferioridad de condiciones a los miembros de una raza determinada–, pero capaces de operar con participantes de mentalidades muy variadas²⁴. Así, por ejemplo, el funcionamiento de un sistema educativo basado en la financiación local de los colegios públicos puede perjudicar de forma sistemática a los niños de los guetos negros urbanos, sin que ninguno de sus participantes en concreto lo pretenda. Y un mercado de trabajo cada vez más dividido en puestos de alta capacitación con salarios elevados y puestos de baja capacitación con salarios reducidos puede generar mayores desventajas para los educados en dichos guetos, sin que ninguno de los participantes en concreto lo pretenda. Para expresar el argumento normativo en términos rawlsianos: si las instituciones de la «estructura básica» son injustas, la distribución de derechos, oportunidades y bienes a la que dan lugar será injusta²⁵. Es evidente que las instituciones básicas de la sociedad estadounidense –las que estructuran la vivienda, la educación, el empleo, la formación de familias, la justicia penal y otros ámbitos– son injustas en este sentido: su funcionamiento rutinario redundará sistemáticamente en desventajas para los afroamericanos en lo referente a la distribución

²⁴ Eduardo Bonilla-Silva, *Racism without Racists*, Lanham, MD, Rowman and Littlefield, 2006; Douglas S. Massy, *Categorically Unequal: The American Stratification System* Nueva York, Russell Foundation, 2007.

²⁵ Véase Tommie Shelby, «Justice, Deviance, and the Dark Ghetto», en: *Philosophy and Public Affairs* 35 (2007): 126-160.

de las oportunidades básicas y los bienes primarios. Y si la estructura básica es injusta, la justicia exige que se modifique, que es lo que tienen en mente quienes abogan por una «tercera reconstrucción».

En mi opinión, existen numerosas pruebas de la importancia de todos estos tipos de factores para explicar las desigualdades raciales: prejuicios y discriminación, actitudes y comportamientos disfuncionales, estereotipos negativos generalizados, así como la estructura y el funcionamiento de las instituciones básicas. Todos ellos operan en un círculo vicioso causal, como causas y efectos recíprocos, formando una cadena autorreforzante de bucles que se retroalimentan²⁶. Por tanto, los esfuerzos en pos de la justicia racial que pretendan adecuarse a las complejidades del problema tendrán que afrontar todos estos factores. Predicar la tolerancia y educar para la diversidad no tienen más posibilidades de éxito por sí solos que la mejora personal y la exaltación racial. Y no es muy probable que la estereotipación negativa desaparezca antes que las desigualdades que la alimentan. Al mismo tiempo, aunque los procesos de desegregación estadounidenses demostraron que en ocasiones el cambio institucional puede favorecer los cambios sociopsicológicos y socioculturales, la incapacidad de determinadas iniciativas burocráticas para resolver los problemas que pretendían solventar es un potente indicador de que los cambios institucionales probablemente serán ineficaces si no van acompañados por cambios en las actitudes y conductas de los individuos a ambos lados de la frontera racial. Como han dejado claro las dos Reconstrucciones estadounidenses, la posibilidad de mitigar eficazmente la injusticia racial institucionalizada suele materializarse cuando intervienen tanto la capacidad de acción individual como la estructura. La Revolución por los Derechos Civiles de los años sesenta hubiera sido impensable sin la acción de los activistas negros y blancos, el apoyo de las iglesias negras, la solidaridad dentro de la comunidad negra y de importantes segmentos de la población blanca; pero también lo hubiera sido sin la intervención del Gobierno Federal, que acabó implicándose en la re-

²⁶ Pueden encontrarse círculos viciosos causales similares en los guetos etnoraciales —turcos, argelinos, afrocaribeños, sudasiáticos— que se han formado en algunos países europeos. También en Europa, factores «estructurales» como la segregación residencial y el desempleo crónico están imbricados en bucles de retroalimentación con factores «culturales» como el fracaso escolar, la alienación frente a la cultura dominante y las elevadas tasas de criminalidad. También en Europa, los problemas actuales son en parte herencia de las injusticias pasadas.

forma de algunas de las estructuras discriminatorias del racismo legalizado. Así, la famosísima oposición entre capacidad de acción (*agency*) y responsabilidad (*accountability*), por un lado, y estructuras e instituciones, por otro, es una falsa dicotomía. A este respecto todavía podemos aprender de Karl Marx, quien hace tiempo señaló que los seres humanos hacen su propia historia, pero no en las condiciones que eligen, sino en las que heredan del pasado. Es decir, ni el voluntarismo ni el determinismo son adecuados para la tarea de remediar las condiciones de injusticia racial que hemos heredado de tres siglos de esclavitud y segregación.

VI

En síntesis, las ideologías neorracistas no sólo oscurecen las raíces históricas de la distribución racial de las desventajas, sino también el constante papel que las estructuras institucionalizadas desempeñan en su reproducción. Extraer rasgos de carácter y valores culturales de sus contextos históricos e institucionales, tratarlos como fracasos individuales y de grupo y responsabilizarlos del problema en su conjunto es metodológicamente indefendible. Como hemos visto, el principal motivo para hacerlo es político y no metodológico: dar un fuerte giro culturalista en el ámbito teórico evita las reformas institucionales en el ámbito práctico. En lugar de atacar las inmensas desigualdades estructurales de oportunidades que todavía sufren los afroamericanos y muchos otros grupos racialmente definidos, el enfoque que trata sus culturas como disfuncionales vuelve a estigmatizar a las víctimas, las culpa de su desgracia y deja principalmente en sus manos la tarea de corregir la situación. La reconstrucción se elimina del programa político y se sustituye por la exhortación moral. Así, aunque el neorracismo no obedece ya a las mismas funciones legalmente institucionalizadas y conformadoras de estructuras que desempeñaba el racismo clásico, sirve para sostener el racismo institucional moldeando el debate y las políticas públicas en los ámbitos más diversos, desde la inmigración y la educación al urbanismo y la justicia penal²⁷.

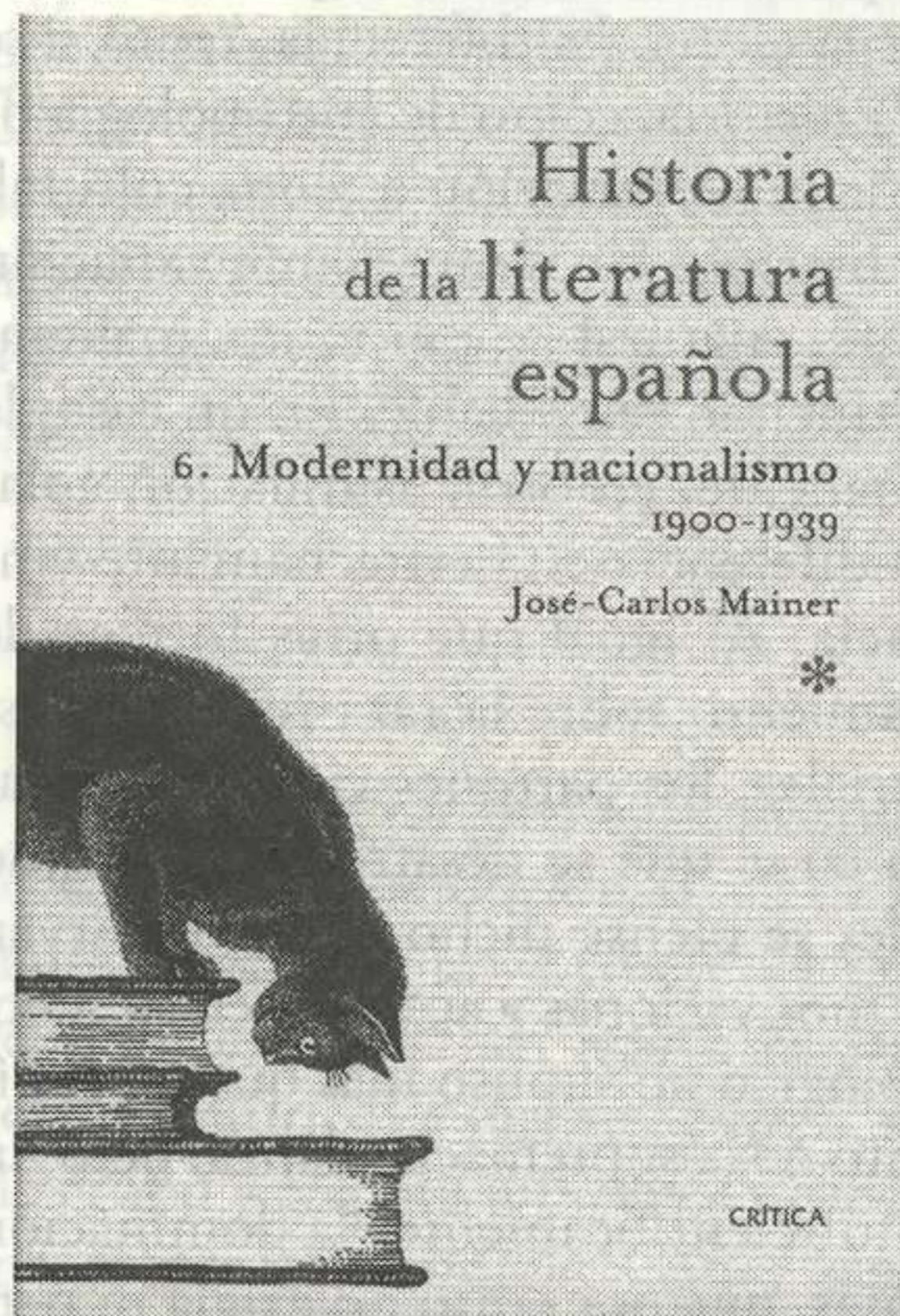
²⁷ Aunque el «sentido común» ha tardado más que la ciencia en deshacerse de los prejuicios de inferioridad biológica, también en este ámbito la sustitución de este tipo de inferioridad por la cultural está muy avanzada. En Estados Unidos, por ejemplo, Donald R. Kinder y Lynn M. Sanders, *Divided by Color*, Chicago, University of Chicago Press,

Siglo tras siglo lo llamativo de la práctica de la diferencia racial es la constancia que han mantenido los prejuicios de superioridad e inferioridad y las políticas de dominación y aplazamiento de su supresión a través de las innumerables vicisitudes de la teoría. La diferencia, tanto si se la teoriza en términos de filosofía de la historia, como de antropología física, biología evolutiva, sociología de la modernización o teoría cultural, típicamente significa jerarquía y dominación. Una importante variación ha sido si la deficiencia se concibe como «natural» y, por tanto, inalterable, o sociocultural y, por tanto, en principio remediable. En un caso, la diferencia significa inferioridad permanente, en otro, asimilación aplazada. En ambos casos, la teoría de la diferencia está estrechamente vinculada con la práctica de la diferencia. Al igual que otras formas de teorización social y política, el pensamiento sobre la raza refleja las estructuras sociales, los intereses materiales, los patrones culturales y las fuerzas políticas básicos del contexto en el que se desarrolla. Al mismo tiempo, las ideas a través de las cuales se piensa dicho contexto sirven para orientar y guiar las percepciones, motivaciones y acciones en su seno. Desde esta perspectiva, el racismo biológico no supuso más que un capítulo en la larga historia del pensamiento de la supremacía blanca, pero un capítulo importante, ya que representó «científicamente» la dominación racial como el orden natural de las cosas, que por tanto no exigía ni permitía la emancipación ni la igualdad plenas. Superarlo fue esencial para reavivar la esperanza de justicia racial tras la Segunda Guerra Mundial, al igual que superar el racismo cultural lo será hoy para corregir el legado de esa larga historia.

Traducción de Alba Montes Sánchez

1996, cap. 5, mencionan un estudio en el que en torno al 75% de los blancos rechazaron la afirmación de que los negros procedían de una raza biológicamente inferior, frente a un 10%, aproximadamente, que estuvieron de acuerdo (p. 326, n. 60).

Thomas McCarthy, Northwestern University, Chicago



José Carlos Mainer

Historia de la literatura española

*6. Modernidad y nacionalismo
1900-1939*

AUTOR: José-Carlos Mainer

EDITORIAL: Crítica

ISBN: 978-84-98920-68-0

PÁGINAS: 828

FORMATO: 15,5 x 23 cm.

ENCUADERNACIÓN: Tapa dura

PVP: 35 euros

Esta *Historia de la literatura española*, la primera que se escribe en treinta años, responde a una doble necesidad: la puesta al día de los conocimientos aportados por la última generación de estudiosos, la más brillante de la historia del hispanismo, y su articulación en un modo de escribir historia distinto del de sus predecesores, animado por nuevas preguntas y nuevos enfoques. Dirigido por José-Carlos Mainer, referencia indiscutible del hispanismo mundial, el proyecto despliega una concepción original, sensible al nuevo público lector que se ha ido configurando en nuestro país durante los últimos cuarenta años.

“Modernidad” y “nacionalismo”, los dos conceptos que se unen en el título de este volumen, son términos contradictorios y complementarios a la vez. Ambos se percibieron entre 1900 y 1939 como conciencias colectivas y como vivencias individuales del descontento que la España de entonces inspiraba a muchos. El resultado fue una etapa de original e intensa creatividad que este libro –más allá de los marbetes tradicionales: los escritores del 98, la generación del 27, etc.– ha querido presentar como un incitante escenario general formado por autores y lectores y como una exploración de las personalidades y los proyectos de los primeros. Desde Unamuno, los Machado y Baroja hasta Lorca, Cernuda, Sender y Hernández, pasando por Ortega, Juan Ramón, Miró y Gómez de la Serna, estas páginas quieren dar sentido coherente a un momento irrepetible de la historia literaria española.

